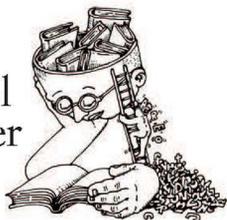


JUAN MARTINI

Talleres literarios: el arte de saber escribir

Página 3



LIBROS

La insuficiencia, de Pablo Chacón

Página 3



CUENTO

“La danza de la fortuna”, por Leonardo Huebe

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 2 | JUEVES 15 DE DICIEMBRE DE 2011

el buen uso de las malas palabras



dije culo
dije culo

dije culo
dije culo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PREMIO JUAN RULFO

El argentino Marcos Crotto ganó el concurso internacional de cuentos Juan Rulfo—dotado con 5.000 euros—con su obra “Comunión”, que se impuso entre las más de 3.200 obras enviadas a los organizadores del prestigioso premio, Radio

Francia Internacional (RFI), el Instituto de México, el Instituto Cervantes y la Casa de América latina en París. Crotto, abogado de 31 años que se encuentra realizando una maestría en París, sucede a otro argentino, Gustavo Daniel Ripoll, quien ganó en 2010 con el cuento “El Arenero”.



“Caminaba entre las tumbas. No había más de veinte, adornadas con flores y cintitas. Una huerta de cruces perdida en la cordillera recibiendo los colores del cielo. Dejé la mochila sobre una lápida y en la pantalla de su cámara digital congelé una cruz de madera armada con dos troncos y un Cristo tallado en la corteza.”

“Comunión”, de Marcos Crotto.



EL INFIERNO. GRABADO DE 1857 DE GUSTAVE DORÉ PARA LA DIVINA COMEDIA DE DANTE ALIGHIERI.

be: “uno de ellos, que clérigo barrunto, / con excremento su cabeza inunda”. Hubo que esperar hasta 1973 para leer los versos tal como el Dante los había escrito. Angel Crespo traduce: “vi a uno con tanta mierda en la cabeza / que ni laico ni fraile parecía”.

En el Canto XXI, el Dante escribió: “Per l’argine sinistro volta dienno; / ma prima avea ciascum la lingua stretta / coi denti, verso lor duca, per cenno; / ed elli avea del cul fatto trombetta.” Siempre celoso del buen decir, Aranda Sanjuán, traduce: “se había mordido la lengua en señal de inteligencia con su jefe, y éste se sirvió de su ano a guisa de trompeta”. Rossel, algo más fino, opta por: “mordiéndose la lengua con los dientes, y él, a falta de trompeta, imitó su son con el orificio”. Juan de la Pezuela mantiene ese buen tino: “le hacen al cabo; el cual la marcha abría, usando del de atrás como trompeta”. En cambio, Mitre se atreve, traduce: “un apretón de lengua con los dientes, / y el jefe de su culo hizo trompeta”. Y finalmente, Crespo no duda: “antes de andar hicieron a su guía, / y él usó el culo a modo de trompeta”.

En la lengua del Dante hay otras formas, más educadas y afables, de decir mierda y culo. Sin embargo, Dante escribió *merda* y *cul*. En pos de la supuesta buena palabra, sus primeros traductores a nuestra lengua ignoraron las malas palabras que había elegido el poeta.

Dicen que comenzó a componer la *Divina Comedia* a comienzos de 1300. Entonces conjeturó un recorrido por el infierno, el purgatorio y el paraíso, pero seguramente en su vasta imaginación no llegó a imaginar a América. Aún faltaba un siglo y medio para que los europeos se enteraran que del otro lado del océano había otro continente. No pudo haber imaginado que en un joven país al sur de ese continente, su verso “ed elli avea cul fatto trombetta”, uno de los 14.230 de su vasto poema, se iba a convertir en un giro popular: “Hacer de su culo un pito”. O tal vez sí, tal vez lo imaginó, y hoy desde su inmortalidad se ríe a mandíbula batiente del buen uso que supieron hacer de sus malas palabras.

el buen uso de las malas palabras



VICENTE BATTISTA

En el Congreso de la Lengua que se celebró en Rosario, en noviembre de 2004, Roberto Fontanarrosa, con profundo humor y enorme sabiduría, reclamó un indulto para las malas palabras. “Cuidemos de ellas, integrémoslas al lenguaje—pidió—, porque las vamos a necesitar”. El sólo hecho de defenderlas implica considerarlas culpables. ¿Pero culpables de qué? ¿Deir en contra del buen decir y del mejor hablar? En literatura no hay ni malas ni buenas palabras, sólo hay palabras bien utilizadas y palabras mal utilizadas”.

Leí a Salgari con devoción y alegría, durante tardes enteras acompañando a Sandokán en muchas de sus aventuras y participé en más de un abordaje, pero nunca acepté su modo de insultar. “Voto a bríos”, gritaba el pirata, y por más que la frase estuviere rodeada por signos de admiración, no

parecía digna del Tigre de la Malasia. Era un insulto tenue, delicado, imposible de aceptar de alguien al que consideraban el terror de las costas de Borneo. Tal vez Salgari lo había escrito de otro modo y esa levedad era obra de los traductores o de los editores. Unos y otros con el propósito de evitar voces groseras, son responsables de más de un disparate.

Un ejemplo emblemático puede ser Dante Alighieri y su *Divina Comedia*. Los primeros traductores al castellano tropezaron con un problema parecido. En el Canto XVIII, del “Infierno” se lee: “vidi un col capo sì di merda lordo, / che non parèa s’era laico o cherco.” Manuel Aranda Sanjuán, en 1980, en prosa, lo andaba así: “vi uno con la cabeza tan sucia de excremento, que no podía saber si era clérigo o seglar.” Cuatro años después, Cayetano Rossel, también en prosa reemplaza “excremento” por “inmundicia” y tradu-

“

Ed elli avea cul fatto trombetta.

Hacer de su culo un pito.

”

ce: “vi uno con la cabeza tan cubierta de inmundicia, que no se conocía si era seglar o clérigo”. En 1879 Juan de la Pezuela elige traducirlo en endecasílabos rimados y se arriesga un poco: “uno hallé con el cráneo tan merdoso, / que ¿quién si era o no clérigo diría?” En 1893, Bartolomé Mitre también opta por los endecasílabos rimados pero, como Aranda Sanjuán, guarda las formas; transcri-

“

Via uno contanta mierda en la cabeza / que ni laico ni fraile parecía.

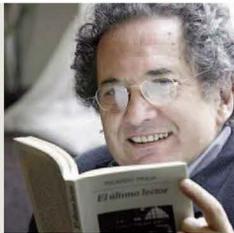
”

“

Hay nueve décimos del témpano bajo el agua por cada parte que se ve de él. Uno puede eliminar cualquier cosa que sepa y eso sólo fortalecerá el iceberg.

Ernest Hemingway
a George Plimpton.

”



EL CUENTO

“El gran río de los dos corazones», uno de los relatos fundamentales de Hemingway, cifra hasta tal punto la historia 2 (los efectos de la guerra en Nick Adams), que el cuento parece la descripción trivial de una excursión de pesca. Hemingway

pone toda su pericia en la narración hermética de la historia secreta. Usa con tal maestría el arte de la elipsis que logra que se note la ausencia de otro relato.”

Testis sobre el Cuento, Ricardo Piglia (foto).

Los talleres literarios

LIBROS
La insuficiencia



JUAN MARTINI

No se debería dar un taller literario, creo, si no se ha leído a Kafka, a Borges, a Flannery O'Connor, a Faulkner y a Onetti. Un espacio con experiencias y reflexiones acerca del arte de saber escribir ficciones.

El taller literario es o debería ser el espacio en el que un escritor transmite sus experiencias de lecturas y sus reflexiones sobre el arte de escribir ficciones a un grupo de personas que escriben o quieren escribir y necesitan un acompañamiento que los sostenga y promueva ese deseo. No se debería dar un taller literario, creo, si no se ha leído a Kafka, a Borges, a Flannery O'Connor, a Faulkner y a Onetti. No hace falta nombrarlos una sola vez, pero no será lo mismo si no se los ha leído. Un escritor en un taller literario tiene que saber qué son la estructura de una narración, el punto de vista, el narrador, las voces narrativas y la verosimilitud. Si nunca ha pensado en eso el escritor encontrará otras maneras de ganarse la vida pero sepa que no puede enseñarle nada a nadie.

Quienes van a un taller literario quieren escribir, necesitan que alguien los oriente y reclaman un saber en el escritor que se sienta frente a ellos. Poco importa que el escritor les diga que él no les va a enseñar a escribir. Eso es cierto, sepa o no sepa lo que hace. Pero quien va a un taller sabe lo que quiere, o lo intuye, o sueña con ello. Un escritor hace saber que entiende eso y que está dispuesto a cumplir con lo que se espera de él antes de abrir la boca: lo hace saber, casi siempre, cuando contesta el mail de consulta o la llamada y hace las primeras preguntas. El escritor que da talleres li-



EL VIEJO Y EL MAR. ERNEST HEMINGWAY POSA JUNTO A UN PEZ ESPADA.

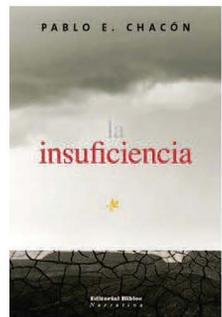
terarios tiene más preguntas que sus alumnos y la pregunta es uno de los caminos más fértiles para la transmisión de una experiencia. Un escritor debe admitir sin vergüenza que después de la *Poética* de Aristóteles no ha encontrado en la teoría literaria nada más claro para hablar de la estructura y de la verosimilitud de un relato. Y debe poner sobre la mesa que los cuentos de Borges son lecciones que tocan todos los puntos ya señalados como básicos, que los cuentos de Cortázar son impecables en hacer invisible la ingeniería que lleva a sus finales; que la novela breve *Los adioses* de Onetti lo dice todo acerca del punto de vista; que la *Crónica de una muerte*

anunciada es el único libro que no se debe dejar de leer de García Márquez por su acierto en ese género periodístico tributario de la narración que es la crónica y también por su destreza en el punto de vista; que Rulfo, Cortázar y Silvina Ocampo huyen del realismo pero no desembocan en el abismo intolerable del realismo mágico sino en una dimensión épica del fantástico; que Hemingway, Flannery O'Connor, Carver y Piglia son distintos en llamar la atención del lector hacia un punto que no es el esencial pero sin el cual sus cuentos no serían deslumbrantes. El escritor que se sienta frente a un grupo, una vez por semana, y dirige un taller en el que se lee y

se comenta lo que escriben los miembros del grupo; en el que se habla de la escritura como de un lugar de invención y elaboración; en el que se vinculan los modos de contar una historia con el cine, sobre todo, y con todas las artes, incluida la pintura, y las artes menores pero que cuentan historias; el escritor que conduce un taller le debe a su propia experiencia como escritor haber reflexionado sobre todos o casi todos los problemas que acechan a quien escribe: desde la llamada página en blanco hasta errores frecuentes en la configuración del narrador o el punto de vista. Sin estas herramientas a mano un taller puede ser divertido, sobrellevar el paso de los años y crear amistades, pero no cumplirá con lo que se esperaba de él a la hora de empezar.

Un escritor siempre sabe depurar frente a los textos de quienes trabajan con él sus propios gustos y manías a la hora de escribir. Ningún escritor de verdad le impondrá a nadie ni sus ideas ni sus maneras ni su estilo. Y un taller guiado por principios literarios y éticos básicos no producirá risas de textos de taller, como subrayan algunos escritores que parecen puestos en el escenario para censurar, castigar o burlarse sin un solo libro razonable que les sirva para apoyar la vanidad que los insufla.

Un taller literario es un lugar de transmisión como cualquier otro. En el arte el único misterio que existe es por qué alguien puede llegar por el mismo camino a ser un virtuoso pero no un genio (insisto, V.: *El mago negro*, de Thomas Bernhard). La genialidad es la excepción. En todos los campos. Desde la literatura hasta el fútbol. Y un escritor no es nada más que alguien que ha resuelto escribir porque le gusta contar historias. La historia de la literatura es sólo eso. Desde el texto más simple hasta el más hermético: una historia. El asunto es cómo contarla. Pero eso es un asunto de escritores que han pensado en todas y en cada una de las palabras que han escrito y por qué. Para eso no están aquellos para quienes lo único que tiene sentido es el ombligo narcisista de sus tristes tópicos.



La insuficiencia
Pablo Chacón
Biblos, 2011, 62 páginas.

Pablo E. Chacón acaba de publicar *La insuficiencia*, un texto en el que cruza de manera convincente biografía y ficción al relatar los días de un personaje que se debate entre la vida y la muerte a la espera de una operación de corazón. Aunque de una materialidad extrema, *La insuficiencia* es un libro fantasmagórico: la madre, los médicos, los muertos, entre otros objetos de densidad granítica, parecen suspendidos sobre las salas del opresivo hospital público donde el personaje aguarda.

“La operación se decide entre cardiólogos, cirujanos, anestestistas y parientes; se evalúan los riesgos, se vuelven a hacer los análisis, se espera internado, se guarda cama, está en una lista; la decisión no es inmediata, las consecuencias pueden medirse hasta la exactitud, pero la exactitud siempre es una probabilidad”, escribe Chacón.

El autor aclara que este libro “no es una novela de trama sino de atmósferas”, y que “no hay un momento que transcurre fuera del hospital”.

Publicado por la editorial Biblos, el libro está dedicado a los profesionales del Hospital Argerich. “Estuve cuatro días en terapia intensiva; cánulas, soportes, televisores, ruido todo el tiempo, tipos que se mueren todo el tiempo”.

PEDRO FERNÁNDEZ MOLJÁN

dos sueños

LEONARDO HUEBE



PRESAGIO

Mientras bebe vino en una taberna de Lisboa, un marino le dice al tabernero:
– Ayer soñé que cruzaba el mar y llegaba al paraíso. El tabernero, al que ni siquiera le importan los sueños de Alfonso V, comenta con apatía:
– Ese debe ser un buen augurio. Pensativo, el marino recuerda y dice:
– No creo. Soñé que lo incendiaría.

LA LEY DE LA GRAVEDAD

Isaac Newton sueña que, mientras duerme la siesta bajo la copa de un manzano, un fruto se desprende y lo golpea en la entrepierna.
Sueña que se incorpora con más sorpresa que dolor, que levanta el fruto recién caído y que se lo lanza al sol. Isaac Newton sueña que lo ve atravesar la copa del manzano y perderse en el cielo.
Con más sorpresa que dolor, Isaac Newton se incorpora.

4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 15 DE DICIEMBRE DE 2011

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

↳ LEONARDO HUEBE



↳ CHARLES NODIER

La danza de la fortuna

Juan Pérez abandona el estudio contable apretando los puños y reprimiendo un grito de gol. Acaba de escuchar por la radio que es el ganador del Premio Mayor de la Lotería Nacional, e intenta aplacar su euforia con la duda. Se dirige hacia la Avenida Independencia diciéndose que no es cierto, que esas cosas no les ocurren a los tenedores de libros que sólo aspiran a morir sin mucho sufrimiento y, en su caso, si la tela aguanta, a que lo entierren con el mismo saco marrón raído en las solapas que usó durante los últimos siete años.

En una esquina iluminada, Juan Pérez se detiene a leer el reverso del billete. Sorprendido, advierte que para recibir el dinero deberá viajar a la Capital. Mientras reanuda su marcha, imagina el júbilo que les provocará a Teresa y los chicos enterarse de que el azar los favoreció con un millón y medio de pesos.

De pronto, Juan Pérez recuerda que compró el Premio Mayor sin pensar en las posibles consecuencias de ese acto, que el Jefe de Contaduría le había entregado una propina por liquidarle los impuestos de un negocio particular

... esas cosas no le ocurren a los tenedores de libros que sólo aspiran a morir sin mucho sufrimiento...

y que él, simplemente, se había tentado. Sabe que si vuelve a su casa y le cuenta a Teresa que ganaron el Premio Mayor de la Lotería Nacional, ella no se alegrará por tener un millón y medio de pesos, sino que lo insultará delante de los niños por robarse la propina y gastarla en tonterías. Ni siquiera puedo fingir un ahorro, se queja Juan Pérez: cuando es día de pago su esposa lo acompaña al



banco y le carga la tarjeta del colectivo con el valor de cien boletos. Teresa sería capaz de romper el billete para restregarme los pedazos por la cara, para demostrarme que ella es mejor que yo, que en su rectitud es inquebrantable. Vivimos con nada, pero somos honrados, me dirá. ¿Ese es el ejemplo que un padre le debe dar a sus hijos? ¿No pensaste que esa propina podría haber servido para retirar de la óptica los anteojos de María o de la ortopedia las plantillas de José? Porque yo, lo que es a mí, ya perdí la ilusión de que me traigas un regalo. Y los chicos, abrazándola, le preguntarán: ¿Papá es un ladrón?

Juan Pérez se ha desesperado. Cambia de vereda y se dirige hacia la estación del ferrocarril avanzando un extenso terreno bal-

dió. Imagina el océano sin límites, las cinematográficas bolsas de lona blanca repletas de dinero y, después de vacilar un instante entre América Central y el sur de

... sale al amplio balcón, apoya los codos en la baranda y observa la ciudad extraña...

Europa, resuelve imaginar a un Juan Pérez de fábula (más flaco, sin canas, con algo más de pelo) bajo el sol, en una playa caribeña. Velada por los gritos de los demás turistas, oye la voz de una muchacha que lo llama desde el mar. El se levanta, va hasta la orilla y le ordena a la muchacha que lo siga. Los dos cruzan apurados la rambla sombreada por los cocoteros. Ya en la habitación del lujoso ho-

tel donde se hospedan, le narra todo lo referido a Teresa, los chicos y el Premio Mayor de la Lotería Nacional. Para corroborar sus palabras, abre el placard y le señala un viejo saco marrón raído en las solapas encubierto por azabaches pantalones de raso y camisas italianas de seda. Negando con la cabeza, la muchacha comienza a llorar en silencio. Él, avergonzado, sale al amplio balcón, apoya los codos en la baranda y observa la ciudad extraña: el Cristo en las sierras, el campanario de la Catedral, el reloj del municipio, la feria de los artesanos, las terrazas coloniales, el cartel de Campari, los montículos de basura, las casillas miserables y el muro de ladrillos sin revocar que bordea al predio ferroviario y se extiende hasta la barrera de la avenida.

El Tesoro del Diablo



Dos caballeros de Malta tenían un esclavo que se jactaba de poseer el secreto de invocar a los demonios y obligarles a revelarles las cosas más ocultas. Sus amos le llevaron a un viejo castillo donde creían que había tesoros ocultos.

El esclavo, una vez solo, realizó las invocaciones y finalmente el diablo abrió una roca de donde extrajo un cofre. El esclavo quiso apoderarse de él, pero el cofre volvió a meterse rápidamente en la roca. La misma operación se repitió más de una vez; y el esclavo, después de varios esfuerzos, fue a decir a los dos caballeros lo que había sucedido. Se encontraba tan debilitado por los esfuerzos realizados que pidió un poco de licor para recuperarse. Se lo dieron y volvió al lugar del tesoro.

Horas más tarde, oyeron un ruido; bajaron a la caverna con una luz y encontraron al esclavo muerto, con todo el cuerpo lleno de heridas producidas por algo parecido a un cortaplumas, y que representaban la forma de una cruz. Tenía tantas heridas que no había un lugar donde poner el dedo sin tocar alguna. Los caballeros llevaron el cadáver al borde del mar y desde allí lo tiraron al agua con una gran piedra atada al cuello a fin de que nadie pudiera sospechar nada de este suceso.

en Cuentos para leer
el fin de semana
<http://cuentos.telam.com.ar/>